



EL SOLAR Y
OTROS RELATOS
PARA NOCHES
INQUIETANTES

Francisco Javier Roig Sánchez

EL SOLAR Y
OTROS RELATOS
PARA NOCHES
INQUIETANTES



Primera edición: diciembre de 2022

© Comunicación y publicaciones Caudal, S. L.

© Francisco Javier Roig Sánchez

ISBN: 978-84-19595-36-2

ISBN digital: 978-84-19595-37-9

Depósito legal: M-29514-2022

Editorial Adarve

c/ Ros de Olano 5

28002 Madrid

info@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

A mis padres

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN.....	11
I. EL SOLAR.....	13
II. Y TODO ACABÓ ALLÍ.....	41
III. EL CASTILLO.....	65
IV. VOLVER A ENCONTRARNOS.....	81
V. LA VACÍA REALIDAD.....	123
VI. LA ESPERANZA.....	145
VII. EL SERENO.....	165
VIII. LA SILLA.....	189

INTRODUCCIÓN

Cuando escribí mi primera novela, *Vivir* es nuestra mejor revancha, publicada por la Editorial Adarve en 2018, para la que solo tengo palabras de agradecimiento tanto para el editor general Luis C. Folgado, como para las personas que en ella trabajan, especialmente Pilar Lozano y Rosalía de Santos, a las que tuve la gran fortuna de conocer y comprender el trabajo que hacían apoyando en cada momento al autor, resolví seguir escribiendo todo lo que bien en anotaciones sin valor inicial, o bien, en imágenes guardadas en mi interior, que pensaba yo que no querían seguir enclaustradas y por lo tanto decidí ofrecerles la libertad.

Tenía reservado hacía varios años en una de mis carpetas-borrador, desde luego en papel, como siempre, algunas ideas que trataban de salir al exterior aunque no acababan de decidirse a hacerlo, parecía que les gustaba su timidez.

La primera intención que tuve una vez que resolví dedicarme a aquellas ideas, fue la de incluirlas en alguna novela, pero fui descubriendo que podía resultar mejor separarlas y desarrollarlas para ver lo que daban de sí. Exactamente eso fue lo que hice y la consecuencia ha

sido esta obra, de la que entre otras cosas puedo decir que me ha reconfortado una vez que acabada pude leer cada uno de sus relatos.

Quizás me convenga recordar el Eclesiastés: «Vanidad de vanidades, y todo lo de acá abajo no es más que vanidad».

I.

EL SOLAR

En el descampado pudo verse su cuerpo. Se hallaba en posición fetal, apoyado el lado derecho de la cabeza en un pequeño montón de arena. Uno de sus zapatos se encontraba a escasos metros. Aquel que le aplastó el cráneo con una piedra enorme que se encontraba junto a sus piernas, lo había hecho con extremada fuerza y más si cabe con decidida voluntad.

Un vecino, que tenía su domicilio en una vivienda frente por frente y muy próxima al solar, fue el que dio aviso a la policía. Cada día hacia las siete de la mañana salía de su vivienda junto con sus dos perros para que se desfogasen y, al tiempo hiciesen sus necesidades por aquel gran terreno, que limitaba sus cuatro lados por unas calles céntricas del barrio de Salamanca de Madrid. Era un lugar idóneo para sus dos amigos. Era muy grande y abierto, por lo cual podía controlar a los animales sin problema, además eran muy obedientes y atentos siempre a sus órdenes, nunca se arrepintió del adiestramiento que habían recibido.

Aquella temprana mañana de lunes repitió lo que cada una de ellas hacía de manera instintiva. Una vez en el solar soltaba a Lena y a Tor, los cuales de manera inmediata hacían sus orines y deposiciones y seguidamente se daban unas carreras enormes a lo largo y ancho de todo ese descampado en el que se sentían libres y como auténticos reyes en aquel terreno.

A mediados de los años sesenta, aquel solar era una joya que el vecindario imaginaba reservada para la construcción de edificios y negocios muy productivos, como así ocurrió posteriormente. Por ello, los que por allí residían trataban de aprovecharse de las anchuras que ese lugar proporcionaba y, por otra parte los chiquillos solían reunirse por las tardes para corretear al fútbol, al juego del marro, a la tula o a cualquier otro que se les ocurriese.

Los perros solían disfrutar unos veinte o veinticinco minutos y luego junto al amo subían a casa; desayunaban con cierta calma, al menos él, y con la misma salía para coger el metro que le llevaba a su lugar de trabajo: una pequeña tienda de librería y papelería en la calle de Fuencarral en la que ejercía como propietario y tendero, mientras su esposa se dedicaba a sus labores.

Uno de los canes, Tor, más inquieto y con un carácter dominante, durante el tiempo de su recreo no paraba ni un instante. Daba carreras de treinta y cuarenta metros y cuando algún olor fantástico llegaba hasta su sentido olfativo, se detenía en seco, olía, volvía a oler y después escarbaba o se iba realizando otra nueva exhibición de velocidad.

Sin embargo, la perra, era de carácter más templado. Disfrutaba de su paseo observando todo lo que se le ponía por delante: piedras con olores, hierbas igualmente

perfumadas, restos de ropas, algún huesecillo petrificado e incluso trastos abandonados por inservibles. Fue Lena quién descubrió el cuerpo.

Arsenio la llamó insistentemente, ya que la hora de regresar a su casa se acercaba, pero Lena no hacía ningún gesto de obediencia, tan solo se encontraba totalmente estática mirando el suelo junto a un bulto. Volvió a llamarla de manera más firme, pero la perra siguió en su postura, lo que hizo que ante la sospecha de que hubiese algún animal muerto o vivo, se acercara sin dejar de observar a su perra que parecía inquieta, extraordinariamente inquieto.

Se fue aproximando a Lena, no sin antes llamar a Tor para que viniese junto a ellos. Lo primero que apreció fue el zapato, llamándole la atención porque era muy nuevo, cosa extraña en aquel lugar, ya que todo lo que por allí se podía encontrar eran objetos viejos o rotos. Pero ese calzado estaba impecable. La perra seguía sin moverse, mirando a una especie de saco de patatas. Arsenio, en ese instante, distinguió que un pie humano sobresalía y acercándose despacio se dio cuenta de lo que aquello significaba.

Eran exactamente las siete y veintiún minutos de la mañana. En ese instante, puso las correas a los perros y se alejó de manera precipitada dirigiéndose nervioso a su domicilio. En el solar tan solo se encontraba él y los dos animales. A esa hora de la mañana y en pleno mes de julio era lo habitual.

La llamada a la policía desde casa fue neurasténica, alterada y con palabras entrecortadas, pero el operador policial se dio inmediata cuenta de que lo que Arsenio contaba era prácticamente seguro en cuanto a su veracidad, ya que lo primero que hizo después de que el policía

contestase con un «Policía al habla», seguramente fruto del pánico y la tensión nerviosa por lo que acababa de descubrir, fue facilitar su nombre, apellidos y dirección, para seguidamente informar del hallazgo en el solar junto a su casa de un cadáver del que tan solo pudo ver un pie y las piernas al mover ligeramente el saco.

El funcionario de la policía le preguntó si estaba seguro de que lo que había visto era un cadáver. Arsenio, aún más nervioso, le contestó que el pavor que había sentido al descubrir el pie de un cuerpo humano, no le había permitido cerciorarse de si estaba vivo o muerto y que ahora que lo pensaba no había obrado correctamente, ¿verdad?, interrogó a su vez al policía.

—No se preocupe señor —le tranquilizó el funcionario—. Rápidamente se personarán unos policías en un coche patrulla, haga usted el favor de acercarse hasta el solar e indicarles el lugar exacto en el que el cuerpo se encuentra —dijo el operador telefónico.

—Muy bien, desde luego que así lo haré —aseguró Arsenio—. Ahora mismo vuelvo al descampado a esperar a sus compañeros —contestó sin dejar los nervios aparcados.

No debieron de transcurrir seis o siete minutos cuando por una de las calles que rodeaban el solar, apareció un vehículo policial de color gris, de esos que en los años sesenta disponía la Policía.

Del vehículo descendieron dos policías uniformados y Arsenio se dirigió hasta ellos, los cuales después de saludarle oficialmente le rogaron que les llevase hasta el lugar en el que se encontraba el cuerpo.

Así lo hizo Arsenio. Había olvidado, debido al sofocón, desayunar y cambiarse de ropa para irse al trabajo, ahora su mente estaba revolucionada y no podía pensar en esas pequeñeces. Su mujer se había quedado en casa muy preocupada con una angustia que le obligaba a mirar desde la terraza de su quinto piso, para intentar descubrir lo que su esposo revelaba a los policías.

Una vez junto al cuerpo, se confirmó que efectivamente se trataba del cuerpo de un niño y que era cadáver. Uno de ellos regresó de forma rápida al vehículo y desde el mismo avisó a la comisaría para que se personasen en el lugar del descubrimiento los inspectores de la Brigada de Investigación Criminal, según le informó el otro policía que junto a él se había quedado.

No tocaron nada y el saco que cubría al muchacho sencillamente lo dejaron como estaba. Como siempre se veía en las películas de policías, lo mejor era no tocar el lugar en donde se había producido el crimen y en eso estaba junto al policía, cuando se oyó a lo lejos el sonido de una sirena. Arsenio no distinguía la que pudiera ser de policía, bomberos o ambulancias, pero en este caso lógicamente era de la policía secreta.

Del vehículo salieron dos personas de paisano, una más bien joven de unos treinta o treinta y cinco años y la otra de unos cincuenta. Se acercaron hacia Arsenio y el policía uniformado y al llegar hasta ellos, este saludó marcialmente a los recién llegados. Se presentaron diciendo a Arsenio el más joven, que su superior era el segundo jefe de la Brigada.

Las preguntas que a Arsenio le hicieron en ese momento no pudieron ayudar, ya que con sencillez les dijo

exactamente lo mismo que había explicado al policía uniformado: que salió con los perros como cada día al solar y que, después de unos minutos, la perra fue la que realizó el hallazgo, y en ese momento salió disparado sin detenerse hacia su domicilio para llamarles.

Después de agradecerle su colaboración, le pidieron el teléfono de la tienda de la que era patrón, según les acababa de informar, ya que el resto de los datos los tenían gracias a que los facilitó en su llamada telefónica. Por parte de Arsenio, les rogó que le permitiesen volver a su domicilio para poder arreglarse y salir rápidamente hasta su lugar de trabajo.

El que ejercía como jefe, después de mirar fijamente a Arsenio, cosa que le dejó un poco intranquilo, hizo un gesto de afirmación con la cabeza y el otro policía de paisano le comentó a Arsenio que se podía ir y que debería pasar a la mayor brevedad posible por la comisaría del distrito para que se le tomara declaración de lo que había descubierto. Así como que pensara si había algún detalle o dato más que les pudiera servir para sus investigaciones y que ya los aportaría si así fuera cuando se personase en la comisaría.

Arsenio les dijo que desde luego y que si les parecía bien, esa misma tarde cerraría la tienda un poquito antes, hacia las nueve de la noche, se acercaría para hacer la declaración.

Aquel día en la papelería no pudo estar tan despejado mentalmente como siempre. Arsenio era una persona amable, educada y servicial, pero durante esa jornada estuvo serio, pensativo y distante con los clientes. Doña Margarita, una clienta habitual que pasaba cada día a por el periódico Ya para su marido y alguna revista de esas de

entretenimiento, le preguntó que si se encontraba bien, ya que le veía como alicaído o quizás enfermo.

No tuvo Arsenio más remedio que iniciar la explicación de lo sucedido ante la insistencia de la clienta, aunque en realidad él lo estaba deseando. Como el público era prácticamente fijo, don Pedro, el empleado eterno del banco que estaba junto a la tienda, igualmente hizo su aparición y no le quedó a Arsenio más remedio que volver a comenzar la historia de lo que aquella mañana había ocurrido. Finalmente, la suerte estuvo en que solo Juanito, que era el encargado de una cafetería donde Arsenio se desayunaba cada mañana un cruasán a la plancha con mantequilla y abundante mermelada de albaricoque y, que se conocían desde la guerra, fue de momento el último en entrar y pudo coger el aire de la explicación historiadada que Arsenio hacía de lo ocurrido.

Doña Margarita no dejaba de repetir que «¡adónde íbamos a llegar!, con tanta ligereza en la vida que cada día se va metiendo en la cabeza de la gente», que hasta a ella en el metro el lunes por la tarde, no le habían dejado sentarse unos mocosos. Por parte de don Pedro, el comentario fue: «podéis estar tranquilos que esa brigada criminal resolverá el asunto más pronto que tarde. ¡Menudos son esos de la secreta!». Y por último, Juanito señaló que acabar con la vida de un crío era algo terrible e incomprensible y que desde su punto de vista, no sería sencillo descubrir lo ocurrido, pues él era un ávido lector de unas novelas de «casos criminales» y lo primero que se aprendía con sus lecturas era que había que tratar de encontrar el móvil de un delito y, por lo tanto, ¿qué móvil puede tener alguien para matar a un chico? Eso

no sería fácil de descubrir, ni siquiera para los expertos policías criminales, quiso decir de la brigada criminal.

Cuando la detallada explicación se dio por concluida, salieron de la papelería todos ellos, ya que Arsenio solía acompañar a sus clientes hasta la acera, mientras intercambiaban comentarios de diferente opinión. Al mediodía colocó el cartelito en la puerta: «Regreso en quince minutos», y se dispuso a entrar en la cafetería Versalles de la que Juanito era el encargado.

Éste se le acercó nada más verle entrar. ¿Qué Don Arsenio, más tranquilo ya? Desde luego no es plato de buen gusto, contestó. Bueno me tomaré mi desayuno para tratar de endulzar lo que queda de mañana.

Juanito le insistió en su teoría detectivesca y Arsenio no tuvo más remedio que decirle que pensaba como él, pero que al tiempo daba la razón a don Pedro con lo que afirmaba de los secretas de la criminal, eran gente muy profesional y dedicada, por lo que la esperanza de encontrar a ese delincuente era muy alta.

No tuvo éxito en sus conclusiones Arsenio, ya que Juanito seguía en sus trece y después de llevarle su café con leche y el cruasán, dijo rotundamente:

—¡Don Arsenio, hágame caso, ya verá como la cosa no es sencilla, ya lo verá!

Después de cerrar la papelería, hacia las ocho y treinta, Arsenio pasó por la comisaría de Buenavista. Le atendió el inspector que había conocido en el solar y le acompañó hasta la oficina de la Brigada de Investigación Criminal, para tomarle declaración de lo que había descubierto. Este funcionario de la policía le reveló que sabían quién era el mu-

chacho, pues sus padres el día anterior al que Arsenio había hallado el cadáver, habían denunciado su desaparición.

Al día siguiente por la mañana y después de abrir la tienda, se puso a leer ávidamente la prensa del día. Efectivamente en las páginas dedicadas a los «sucesos», se podía leer la descripción del hallazgo del cadáver de un muchacho de once años en un solar del barrio de Salamanca, encuadrado entre las calles Juan Bravo, del General Pardiñas, Maldonado y General Mola. El solar se encontraba en pleno centro y entre calles muy transitadas.

De la misma manera volvieron a reunirse en la papelería doña Margarita, don Pedro y Juanito, en la que junto con otros dos clientes más, se dispusieron a intentar desentrañar aquel horroroso crimen.

La información obtenida del inspector a cerca de la denuncia interpuesta por los padres por causa de la desaparición del niño, fue aprovechada por Arsenio para pasarla a sus clientes, lo que hizo que cada cual creyera estar en la línea correcta. Todos habían ultimado en que, de una u otra manera, sabrían algo de lo sucedido a no tardar, excepto Juanito.

Durante esa semana, Arsenio leía cada periódico con sumo interés. Convinieron que tanto él como sus clientes, aportarían la información que de la radio o de la televisión pudieran obtener y de esta manera, quizás llegarían a saber algo más de lo sucedido y cada día intercambiarían sus conocimientos criminales.

Uno de aquellos días se acercó un periodista para hacerle una pequeña entrevista, lo que ocurrió rodeado de sus habituales clientes y aportando a ella todo lo que cada uno defendía hasta sus últimas consecuencias.